

bam
bú

AMÉRICA

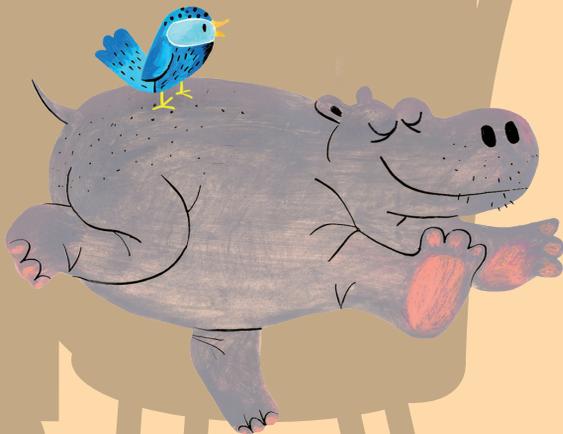
Daniel Nesquens

texto

Luciano Lozano

ilustraciones

EL señor H



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2011 Daniel Nesquens para el texto
© 2011 Luciano Lozano para las ilustraciones

© Editorial Casals, S. A.
Tel.: 0034 902 107 007
editorialbambu.com
bambuamerica.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Sexta edición: febrero de 2018
ISBN: 978-84-8343-214-3
Depósito legal: B-8264-2012
Printed in Spain
Impreso en Índice, S. L.
Fluvià, 81-87 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / / 93 272 04 45).



1



Los hipopótamos, por regla general, no hablan.

Así que cuando Rosana escuchó tales palabras a aquellas horas de la tarde dio un respingo y se giró buscando quién las había pronunciado. Nadie. Bueno, sí: un hipopótamo de la familia de los *hippopotamidae*. Ustedes ya saben: esos animales semiacuáticos que habitan en los lagos y los ríos del África subsahariana, esos animales que se pasan todo el día dentro del agua y que salen por la noche dispuestos a comerse casi cualquier cosa que esté a la vista.

«Eh, tú, como te llames, sácame de aquí», fueron las palabras que le pareció escuchar y que, realmente, escuchó.

Rosana no estaba sola en aquel parque zoológico. Había acudido con sus compañeros de clase. Pero ella se había quedado rezagada contemplando aquel animal con forma de barril, de patas cortas y gruesas, de cabeza casi cuadrada con ojos pequeños y nariz oblicva y arqueada.



Aquel cerdo de río, como lo llamaban los antiguos egipcios, había abierto la boca para decirle: «Eh, tú, como te llames, sácame de aquí».

Rosana, sorprendida, hundió la cara entre los barrotes de la jaula y vio cómo aquel hipopótamo se le iba acercando lentamente.



–¿Acaso no me escuchas?

La muchacha afirmó con la cabeza.

–¿Cómo te llamas, pequeña? –le preguntó el animal, cuando estuvo a menos de dos metros.

–Rosana.

–Me gusta el nombre. Cuando tenga una hija la llamaré así.

Rosana no sabía qué decir. Era la primera vez que escuchaba hablar a un animal. A excepción del loro de su tía Adela, que hablaba más que un locutor de radio.

–Y usted, ¿cómo se llama? –acertó a decir.

–Yo me llamo hipopótamo, pero puedes llamarme señor H, es más corto.

–¿Y desde cuándo habla, señor H?

–Hablar, hablar, lo que se dice hablar, desde hace unos minutos. He estado todo este tiempo aprendiendo de ustedes los humanos. Aquí vienen miles de personas. Hablan entre ellas. Se dicen cosas. ¡Y qué cosas en algunas ocasiones! Es cuestión de fijarse bien y de memorizar palabras. Aquellos –añadió el animal señalando con la cabeza a otros tres hipopótamos que compartían aquel



espacio vallado del parque zoológico– por mucho que se fijen son incapaces de memorizar una palabra. Pero no perdamos más tiempo con tanta palabrería. Haz el favor de sacarme de aquí.

–Pero, señor H, no puedo sacarlo de aquí. Va contra la ley.

–¡Contra la ley! ¡Contra la ley! ¡Qué tontería! Estar en este lugar sí que va contra la ley, la Ley de la Naturaleza. Encerrados. Como si fuésemos unos vulgares criminales. Comiendo siempre lo mismo: hierba seca, manzanas y más manzanas. ¿Tú sabes cuánto tiempo hace que no me como un coco? ¡Sueño con comerme un coco! Me encantan.

–No sabía que los hipopótamos comiesen cocos.

–Cocos, plátanos, sorgo, maíz, mandioca...
Cuando era libre, en los viejos tiempos, cuando vivía a la orilla del río, por la noche salíamos del agua y buscábamos comida. Vamos, ahí está la puerta.

–Pero...

–¡Ni peros, ni peras! ¡Oh!, lo que daría yo por comerme veinte kilos de peras.





Rosana no sabía cómo actuar. Dudaba si abrir la puerta, si no abrirla, si marcharse corriendo con sus compañeros... Tomó aire.

–No lo pienses tanto. Nadie se dará cuenta. ¿No ves que cada uno va a lo suyo sin importarle el vecino? El egoísmo desmedido del ser humano. Es el mal del siglo XXI.

–Habla igual que mi abuelo –dijo Rosana.

–¿Tu abuelo? ¡Vamos!, abre la puerta, salgo y la vuelves a cerrar. Nadie se va a dar cuenta –repitió el animal.

–¿Y luego? –preguntó Rosana.

–Luego ya es asunto mío. Por favor, pequeña, abre.

Su tono era tan lastimero que Rosana se acercó a la puerta. Un simple pasador de hierro poco más largo que un dedo impedía que la puerta estuviese abierta. Cualquiera podía llevarse el pasador a su casa y dejar la puerta abierta. Era una incompetencia por parte del personal del parque cerrar de una forma tan sencilla.

«Si ellos son los primeros en no poner un candado o algo así, será que no les importa mucho si hay un hipopótamo más o menos dentro», pensó Rosana. Se acercó, miró alrededor por si alguien la veía y retiró el pasador. La puerta se abrió y el señor H salió como si tal cosa.

Rosana volvió a poner el pasador en su sitio. Como si nada hubiese pasado.

–Muchas gracias, Rosana. Ha sido un placer conocernos. Y de esto ni una palabra a nadie, ¿entendido?

–Entendido. Adiós.

–Adiós.

